



# Nazarenos de barrio

EUGENIO MADUEÑO / PEDRO MADUEÑO (Fotos)

Veinte minutos después de coger el metro en Universitat, uno emerge en otro mundo. En Pubilla Casas. Donde Barcelona ya ha perdido su nombre, su armonía, su gente. Apareces en una plaza de l'Hospitalet. Y notas el cielo abierto entre bloques de pisos, olor a geranio y a sofrito, ropa tendida en los balcones. Y música, y trinar de pájaros enjaulados en un kiosco. El cric cric de un grupo de jóvenes mordisqueando pipas. Recostados sobre la baranda de la boca del metro. Esperando a las novias que llegan de Barcelona, de trabajar. Un airecito fresco que viene del Tibidabo. Y con él, un lejano, tenue, armónico repicar de tambores. Y cornetas...

—Oyes esa música y se te pone la piel de gallina —ha dicho alguien, aquí al lado, cric cric, ¡venga pipas!

Algo más allá, en la plaza de la Bóvila, los tambores atruenan. Porropón. Pon. Pon. Porropón. Y los cornetines. Sobrios. Límpidos. Castrenses. Tuuuu, tu, tuturú, tu... Los niños aporrear el plástico con expresión solemne, marcial, como si en ello les fuera el futuro. Y sus padres, sus vecinos, sus tíos, marcan el paso al son de la música, ceremoniosamente, balanceándose sobre los tobillos, lentamente. Los imagino dentro de unos días, cuando los ensayos acaben y la plaza se llene de cien, ciento cincuenta, doscientas, mil personas expectantes, recogidas, contritas, emocionadas.

—¡Cantadle una saeta a la virgen! —gritará uno.

Y entonces los de Alma Flamenca, el conjunto que canta sevillanas catalanas, bordará desde un balcón:

*El Viernes Santo en Pubilla puedes sentirte andaluz. Cuando ves a esos romanos y al Nazareno en su Cruz y a esa Virgen tan bonita desparramando su luz.*

Será Viernes Santo. Jesús Nazareno habrá iniciado ya su paso por las calles de este rincón de la segunda ciudad de Cataluña. Se dirigirá a la catedral. Una catedral laica, abarrotada de cristianos bautizados y sufrientes.

—¡Eso sí que es para verlo! Jesús Nazareno con su túnica morada y su capa blanca, arrastrando su pesada cruz, la cruz de Santiago, frente al hospital de la Cruz Roja, abarrotado de enfermos que asoman por las ventanas, que se santiguan y quedan boquiabiertos cuando ven cómo el Cristo eleva el brazo, lo cruza, les bendice...

## Distancia insalvable

Porropoon. Los de la banda han acabado por hoy.

—¡Ea! A ver si mañana mejoráis —dice el maestro.

—No ha quedado chachi —se alegra un tamborilero pelirrojo mientras se adentran en el local de la Cofradía 15+1, que así reza una placa de mármol sobre la fachada: "Asociación Andaluza Cofradía 15+1"; unos bajos municipales y estrechos que dan a la plaza.

Franqueada la puerta, el turista periférico constata que hay distancias que los trenes del metro no pueden salvar. Y que los paisajes de la infancia se graban para siempre en la memoria. Así que enseguida comprende a estos hombres que pasan días y horas en este garito atiborrado de abalorios, de corazas de romanos, túnicas de terciopelo y pelucas. Todo sea por la cultura, por la costumbre, por los recuerdos, por los orígenes.

—Quien pierde los orígenes pierde la identidad —cuenta uno—. Los andaluces somos así, hijos de María y novios de la Virgen.

En el altílo de este local salvado para la vida asociativa encontramos a Francisco Segura, 44 años, electricista, presidente de la cofradía 15+1, hombre de carácter, firmante de un bando que cuelga de la pared como una amenaza: "Señores —ha escrito de su puño y letra—, una empresa vale lo que valen sus hombres; demostremos nuestra valía".

—Somos la más importante cofradía de Cataluña —explica mientras atiende a los romanos que se prueban los cascos que acaban de llegar de Baena—. Sacamos siete pasos en tres días; ¡ahí es ná! Una cofradía con cuatrocientos socios. Una banda de 34 componentes. Treinta romanos. ¡Ciento treinta costaleros!

El presidente de la cofradía 15+1 se abre paso entre los niños que cuelgan los tambores, las madres que sacan brillo a los adornos de los tronos y los hermanos que doblan las capas de nazareno y ponen los cirios a punto para el desfile. Nos conduce a la planta baja, donde otros cofrades ultiman los detalles del festejo encaramados al trono del Cristo de la Expiración, una figura enorme, pesada, sangrante,

ted. La gente ha respondido siempre maravillosa y masivamente.

—¿Y lo de 15+1?

—De ahí viene. El tercer año ya nos lo tomamos más en serio. Éramos quince cofrades, nos entrevistaron en Ràdio l'Hospitalet, nos preguntaron quienes éramos, y José María Torres, un pobre muchacho que ha muerto atropellado, tuvo la respuesta. "Somos los 15", dijo, y en seguida añadió: "Más uno, que es el pueblo. Y a todos nos pareció tan bonito y ajustado..."

## Morriones andaluces

Quince años después de que esto sucediera, los quince son ya 400, y siguen aquí, perfeccionándose cada año un poco más.

Al principio, los romanos llevaban cascos de albañil con penachos de escoba, los nazarenos confeccionaban sus capas con restos de ropas usadas, y las imágenes eran humildes y austeras. Pero ahora es diferente; los romanos llevan morriones de verdad, fabricados en Andalucía. Y las tallas son de las que cuestan un millón, esculpidas en Cornellà por un ar-

tista oriundo de Jerez de la Frontera, el maestro Martín Richarte. Y tienen más de siete. Y otros tantos tronos, igualmente caros. Así que la procesión cuesta un dineral, que ellos logran recuperar de la venta de velas, pegatinas, pins y estampitas con números de un sorteo combinado con el de la ONCE.

—Con lo que recaudamos, la subvención municipal y el trabajo desinteresado de los socios, vamos tirando adelante —dice Francisco Segura, el presidente.

—Y a todo esto, la Iglesia, sorda —le digo, provocador.

Y el señor presidente se pone serio, reflexivo, y responde con frase mesurada y voz queda, ceremoniosa.

—Mire usted, nosotros con la Iglesia no tenemos nada, todos estamos bautizados; yo fui costalero en mi pueblo, Osuna. Ocurre que todos los principios tienen un final, y este lo ha tenido bueno para nosotros y no tan bueno para la Iglesia, que pensó que nosotros íbamos de cachondeo, de chirigota. Y ya ve usted que no. No señor. Somos gente seria, que al tercer año fuimos al cura del barrio y le dijimos, ¡jea!, vamos a celebrar la Semana Santa, y el señor párroco va y nos dice que nanai, que de procesión nada de nada, y nosotros, le decimos pues nada, buenas tardes y hasta luego, y entonces decidimos montárnoslo por nuestra cuenta, y hasta ahora, ya ve usted, yo no quiero compararme con "naide", mire usted, pero a los datos de la Guardia Urbana me remito: "arreglamos" doscientas mil personas, sacamos siete pasos, la Semana Santa de l'Hospitalet...

—Pero sus imágenes no han sido bendecidas...

—¿Y qué? —responde el presidente, lacónico—. Nos sobra con la bendición que nos dispensa el pueblo con su presencia masiva...

El mismo metro barcelonés nos traslada a otra ciudad y a otro capítulo de la misma historia. Estamos ahora en Badalona, en Llefia, un barrio encaramado a un cerro. Postrados ante una imagen de la Virgen de Fátima que Manuel Martínez, un joven de 29 años, ha rescatado de no se sabe dónde para que las mujeres de la zona tengan a quién rezarle rosarios. Está en un localito situado en la planta baja de un bloque inmenso desde el que se divisa la

ciudad cuajadita de luces entre la montaña y el mar.

—Yo soy un chiflado de la Virgen—, dice el joven Manuel mientras prueba capirotes y reparte recias capas negras a los feligreses, hoy pobres, literalmente hablando, y nazarenos mañana cuando los capirotes oculten su rostro.

La procesión laica de Llefia se celebra el Viernes Santo. Se compone de un santo con dos imágenes que circulan bajo el lema "Tus llagas, Señor, me hablan de amor", por unas calles llenas a rebosar. Es una procesión muy sentida. Muy auténtica.

—Muy integrista y muy carca, dice Manuel que afirma el cura del barrio.

Los cofrades no gozan de reconocimiento oficial. Nacieron al margen del "establishment". En fin, nada que ver con la de aquella multitud de l'Hospitalet que, llegado el día cumbre, detiene la procesión frente al bar de "el Kiki", y canta, y bebe, y vitorea a la Virgen, y la balancea, y la hace girar sobre el mar de cabezas para que quede patente que ella se alegra de volver a aquel bendito lugar en el que un Viernes Santo, hace quince años, cuatro hombres tuvieron una inspiración. ●



## UNA CAPILLA "PIRATA" EN LLEFIÀ

Un grupo de vecinos de la asociación del barrio de Llefia, en Badalona, mantiene una capilla pirata no reconocida oficialmente por la Iglesia, en la que rezan a la Virgen de Fátima y otras imágenes y la sacan de procesión por el barrio cada Viernes Santo